

DE LA HABANA A MÉXICO

Sra. Paulina Granados de Villa.

Permita Ud., mi querida cuanto estimada amiga, que le dedique humilde y respetuosamente la relación de un viaje, hecho á vuelo de golondrina, desde la ciudad de la Habana hasta la capital de México. Esta relación no traspasa las fronteras de un simple cuento; pero como Ud. asegura que no le fastidian los cuentos, tengo el arrojo de ocupar su atención, con la referencia de éste, que si bien es friolera, quiero que tenga por lo menos el mérito de llevarle la expresión de mi sincero y respetuoso afecto.

Medellín, 21 de Febrero de 1876.

Yá estamos en alta mar, pero todavía se divisa, velada por los vapores de la tarde, la punta de San Antonio, en la isla de Cuba. El vapor lleva rumbo Sudoeste porque vamos derechamente á la península de Yucatán.

Como estamos en el mes de Junio, época de buen tiempo, este golfo de México está deleitable por su mansedumbre y sosiego. Casi no se percibe el fastidioso movimiento producido por el oleaje. ¡Qué días tan apacibles, qué noches tan calmadas, y sobre todo, qué lujo y riqueza en los espacios estelares!

Yo tengo decidida tendencia á esquivar el cuerpo á los arrebatos de la poesía, y además de la tendencia, no me da el instinto por ese lado. Esta circunstancia redundará en fortuna para Ud., porque ¿qué sería de su paciencia, si yo entrara á formar larguísimos cuadros sobre la belleza del mar en estas latitudes? Resuelvo, pues, seguir en prosa y con tanto mayor razón cuanto eso no me impide decirle, que en medio de esta magnificencia tengo la dicha de ver el poder de Dios estampado en todos los detalles de su infinita é incomprensible creación.

El mar de las Antillas, mar Caribe ó mar de Colón, es un enorme distrito geográfico, si se atiende á sus numerosas islas; hidrográfico, si se atiende á su poderosa cantidad de agua, que preocupa notablemente la atención del viajero que lo navega y contempla. En su parte Sur ventea constantemente, como para refrescar con sus brisas la cabezas calenturientas de Venezuela y Colombia; al Norte, limitado por las Bahamas y Lucayas, ha-

ce como que se separa de los Estados Unidos; al Oriente, una escuadra en forma de media-luna, como la escuadra inglesa de Trafalgar, representada por las innumerables Antillas menores, le sirve de frontera incompleta para divorciarse en parte del Atlántico; y hacia el Occidente, *roncando* sobre las costas de la América Central y de México, parece como si quisiera imponer silencio con la majestad de su acento á la mezquina algazara que arman aquellos pueblos con sus contiendas civiles. Entre sus numerosos archipiélagos hay islas de una feracidad y belleza incalculables; pero sin parar la atención en muchas pequeñas, de más ó menos importancia, la Jamaica, Puerto-Rico, Santo Domingo y Cuba, deben considerarse como preciadísimas joyas de América. La última, sobre todas, debe haber hecho parte del Paraíso terrenal. Pensando en su fisonomía, ocurre la tentación de preguntar: ¿Son pedazos del gran Continente que no alcanzaron á salir del seno de la madre? ¿Son restos de la famosa Atlántida, escapados del inmenso naufragio? ¡Quién sabe!

El golfo mexicano es muy grande y quienquiera que contemple sus pormenores geográficos, no dejará de hallar cierta remota analogía entre él y el Mediterráneo. Es acaso este golfo el que está predestinado por la Providencia, para servir de teatro y asistir como testigo á las maravillosas evoluciones de la civilización que aguarda el Continente americano, de cuyas muy extensas porciones está poco más ó menos equidistante.

Por ahora el viajero no puede evocar recuerdos que sean análogos á los que saltan en el espíritu, á la vista y contemplación de Córcega, Cerdeña, Candia, Sicilia, Lesbos, Rodas, Chipre, Malta, Chío y tantos otros puntos consagrados por la mitología y por la historia. Aquí no puede hacerse uno la ilusión de que divisa á Venus navegando en su caracol marino; ni á Neptuno con su tridente, ni á las Circes encantando á los compañeros de Ulises, ni al pueblo de Atenas, reunido en las playas del Pireo, para contemplar la salida de Mnesareta del fondo de las ondas y edificar en ella la belleza; ni á Temístocles triunfando en Salamina, ni á D. Juan de Austria en Lepanto. Aquí á lo más puede considerarse por antítesis, que por encima de las rizadas olas, al través de las brisas que refrescan y al frente de esa luz clara que prolonga el horizonte, anda á rápidos pasos, en este tiempo de estío y de calores, ese formidable gigante de la eternidad que llaman *vómito negro*. Aquí, á lo más, recogiendo datos his-

tóricos de cuatro siglos escasos, se alcanza á ver en el fondo del recuerdo la escuadrilla misteriosa y siniestra de los piratas que en tan diversas y frecuentes ocasiones han navegado esta región, sembrando, por todas partes, el aniquilamiento y el exterminio de sus semejantes.

Quando digo piratas, es lo mismo que si dijera de una vez bucaneros, filibusteros, corsarios, hermanos de la costa é invasores, porque, aunque todas estas palabras impliquen variantes de significación, todo ello da lo mismo.

El primero de esos ciudadanos que anduvo por estos lugares fue el Capitán español Francisco Fernández de Córdoba; siguióle Juan de Grijalva; vino luego D. Fernando Cortés, héroe al mismo tiempo, por que eso de ser héroe y pirata al mismo tiempo no, se excluye. Pánfilo de Narváez, menos feliz, pero andando por el mismo sendero, siguió luego; y sin obligarme á guardar orden cronológico en la enumeración, apuntaré los nombres memorables é históricos de Enrique Morgán, Francisco Drake, Bertrán Ogerón, Boduino Henrico, el Conde de Estren, Pedro Legrand, el Duque de Cumberland, el famoso Montbars, conocido con el pintoresco calificativo de El Exterminador; el inglés corsario Cook, Francisco Lolonois, el caballero Maintenon, el Sr. de Porter, Juan de Aquines y otros *calaverones* más, que sería largo citar. Estos personajes eran, en su mayor parte, de origen holandés, danés, francés ó inglés. Hoy es la República democrática modelo la que se encarga de mandar esas joyas por estas islas y por estas costas. Testigo, para no ser desmentido, el célebre Walker. Los filibusteros en su origen, eran personajes raros bajo el aspecto de su carácter, de sus costumbres, de su arrojo, de su temeridad y hasta de su porte individual. Hoy puede haber muchos filibusteros de gran tono; propietarios de buques, gentes de frac, de leontina, y hasta de bastoncito de barba de ballena; pero el filibustero de pura sangre, á mediados del siglo XVII, era un sér terrible en su continente, acciones y equipaje; su vestido consistía en una sencilla camisa y en pantalón corto de tela ordinaria, teñido en ocasiones con sangre; en los pies llevaba calzadas abarcas de cuero; abrigaba la cabeza con la copa de un ráfido sombrero ó con un gran pañuelo; su armadura consistía en un sable, varios cuchillos, pendientes de un cinturón, y un fusil que colgaba á sus espaldas. Llevaba, por fin, una calabaza llena de pólvora y una pequeña tienda de campaña, que armaba en el primer lugar en que era sorprendido por la noche.

Corsarios de buen temple, montados á veces en un simple bote, formado por un solo madero, iban frescos y serenos al abordaje de un buque de condiciones superiores, pasaban la tripulación á cuchillo, sin piedad, y á veces, antes que se estableciera la refriega, se veía aparecer un demonio de esos al lado de la Santa Bárbara con una mecha encendida en la mano, diciendo en alta voz: "Entréguense ó volemós."

De todos esos bandoleros, más ó menos importantes, pero todos bastante románticos para dar asidero á la novela, muchos de ellos nos tocan directamente por derecho tradicional. Sir Roberto Baal, por ejemplo, nos destruyó á Río hacha; Drake á Santa Marta, Cartagena, Portobelo, Chagres y Panamá; bien que en esa ciudad le saliera la criada un poco respondona, lo obligara á retirarse y á tener un desastrado fin en Portobelo. Morgan fue un poco más dichoso, porque aunque más pícaro, más asesino y más ladrón que todos, pues logró robar hasta á sus mismos compañeros, terminó opulentamente su carrera muriendo en Jamaica, casi en opinión de santo, reverenciado y acatado por muchos. El Almirante Vernon, el más petulante del género, vino á Cartagena en el siglo pasado y traía el buen hombre medallas en que estaba estampada la efigie del Gobernador de la plaza, de rodillas y entregándole las llaves. Se le mojaron los papeles, porque D. Sebastián de Eslava le zurró de lo bueno y le hizo contramarchar con cajas destempladas.

Dejemos la mala compañía en que nos hemos metido y sigamos el viaje.

Es cuarto día por la mañana y ya estamos enfrente del puerto de Progreso. Este Progreso es un pobre caserío situado sobre la costa de la península de Yucatán. Es preciso fondear bastante lejos de tierra, porque hay arrecifes y poco fondo, y porque, además, no hay bahía ni abrigo para los buques. Es una malísima rada y no tuve por conveniente desembarcar, temeroso de un naufragio en lancha. Tal vez no me hubiera estado mal conocer un poco el país y aun haber penetrado hasta la ciudad de Mérida, cascarón viejo de ciudad española, notable, según me dijeron, por su magnífica catedral.

Los aborígenes de esa península hablaban, y los restos que han quedado de ellos hablan todavía, la lengua *maya*, tenida como armoniosa y rica por los sabios que estudian y entienden esas cosas. Unos dicen que Yucatán en mayés, quiere decir tierra de yucas, y otros di-

cen que nó, que lo que quiere decir es "Escucha lo que están diciendo".

Doblando la extremidad de la península, hacia el Sur, iríamos, si no me equivoco, al golfo de Honduras; pero como ése no es nuestro camino, el vapor pone la proa hacia el Norte y sigue navegando.

Al día siguiente me dijeron que estábamos en frente de Campeche, y yo creo que así fue, porque noté que embarcaban y desembarcaban en un gran bote muchas mercancías.

Campeche fue el punto de desembarcadero para los primeros aventureros españoles que andaban en busca de las riquezas mexicanas. Parece que de los bosques de sus alrededores se extrae la madera que lleva su nombre y con cuya tintura, unida á un poco de alcohol y agua de azúcar, se fabrica el vino de Burdeos, que consumimos en no pequeña cantidad por acá en esta América española.

En cuanto al mar, me pareció muchísimo más agitado que en todo el resto de la navegación, y en cuanto á puerto, tengo razón para creer que si Progreso es una mala rada, Campeche es una débil sospecha de puerto.

Seguimos navegando y á las veinticuatro horas, poco más, poco menos, estuvimos enfrente y próximos á la antes muy rica villa de la Veracruz. Tampoco es un excelente puerto; pero, en fin, comparado con los anteriores, su estrecha bahía me pareció un espacioso golfo.

En el punto que hoy ocupa Veracruz tenían los indios una pequeña población en que desembarcaron, primero Grijalva y luego Cortés. Nada que merezca la pena puede observarse acerca de aquel atrasado caserío.

Al entrar al puerto, se tiene el castillo de San Juan de Ulúa á la derecha, muchos arrecifes circunvalando la pequeña caleta, la isla de Sacrificios, llamada así por su destino indígena, un poco al Sur y cercana á la costa y más lejos, como perdida en las brumas, la Isla Verde.

El Castillo de San Juan de Ulúa, obra de defensa para servir de llave á la parte oriental de México, es un castillo que poco ó nada ha defendido hasta ahora. Siempre que Veracruz ha sido atacada, ha caído en poder del enemigo, y eso á pesar de los ruidosos *estornudos* de artillería de su famoso fuerte. Parece que no hubiera sido puesto en ese lugar sino para ser testigo de la impotencia del país. Muchos piratas primero, los franceses luego, los americanos después, y los franceses últimamente, lo han rendido con poquísimos esfuerzos.

La ciudad es pequeña, la vegetación que la rodea mezquinísima y los arenales abundantes. Los vientos nortes, que en la localidad son violentos durante una gran parte del año, revuelven la arena, forman especie de trombas, de donde resultan montecillos cónicos, esparcidos en la llanura. Estos montecillos, llamados médanos, estancan el agua que cae abundantemente en el invierno, dando lugar á la formación de charcas, en que se depositan restos de animales y vegetales, en más ó menos abundancia. Vienen en seguida los calores del tiempo seco, estimulan la fermentación, levantan miasmas, infestan el aire y son arrastrados al través del golfo, llevando la muerte y la desolación por todas las Antillas. Como éste no es el único punto de infección miasmática, pues el fenómeno apuntado se verifica en otros lugares del golfo, muy especialmente en la desembocadura del Misisipi, resulta que el azote se desenvuelve en alta escala y la calamidad llega á ser espantosa. El día de nuestra llegada tuve ocasión de ver dos infelices que agonizaban en un hotel, y la ciudad toda era víctima de la terrible epidemia.

Aunque la ciudad sea pequeña, como llevo dicho, no es del todo fea. Tiene muy regulares edificios, algunas calles rectas y hermosas, un parquecito bien cultivado, lindas flores, un paseo concurrido y engalanado con frondosos árboles. Las calentanas de Veracruz, morenas en su mayor parte, ojinegras, esbeltas y de desembarazadas maneras, me parecieron bastante lucidas.

Colocada la población á la entrada de tan rico y bello territorio como es México, con su clima de hornaza, su fiebre amarilla, sus lagunetas envenenadas, sus nortes furiosos y sus médanos mortíferos, me hizo un poco, al verla, la impresión que me hubiera causado uno de esos dragones que en la vieja mitología dicen que colocaban á la entrada del jardín de las Hespérides para guardar las manzanas de oro.

Lisonjéase Veracruz de ser patria de algunos grandes hombres mexicanos. Entiendo que el Sr. Lerdo de Tejada, actual Presidente de la República, es de este punto. Una de las piernas de D. Antonio López de Santana, creo que descansa en este lugar: el resto anda por esos mundos aztecos, y si no estoy mal informado, dando siempre qué hacer.

Como á cinco leguas de distancia, refrescada por las aguas del río Yamapa, está la villa de Medellín, fundada por Cortés en conmemoración del nombre del lugar de

su nacimiento. Medellín de México, dicen, es un villorrio de mala muerte, lugar de temporada y de recreo, donde los alegres mexicanos y las bellas mexicanas toman baños, danzan, cantan y juegan.

Veracruz es una ciudad histórica por excelencia. Es la tierra clásica de los sitios y de las invasiones, de las pestes y de las catástrofes. Vehículo de comunicación, durante tres centurias, entre la Europa conquistadora y la nueva España conquistada, ninguna ciudad de América ha visto pasar más tesoros por sus calles, ni entrar más bandidos por sus caminos. Campo de Agramante, monte Aventino de revoluciones, en ella han venido á tener solución la mayor parte de los problemas sociales más importantes del país.

El día 15 de Junio tomé el tren para viajar hacia la capital del grande Imperio azteca. Eran como las diez de la noche y llevábamos una escolta para que nos sirviera de defensa en caso de ser asaltados por alguna legión de malhechores. Es adorable lo que sucede en ocasiones en estas nuestras sociedades humanas. Oigo decir, con mucha frecuencia, que el ferrocarril es una de las expresiones más netas y elocuentes de nuestra civilización; mas oigo decir también que el bandolerismo es una de las pruebas más vigorosas y concretas de la barbarie. Aquí van ambas reunidas, codeándose, en estrecho abrazo y con tanta intimidad, que por lo mismo parece que amenazan sofocarse. Yá se ve: los extremos se tocan y esa es la explicación.

La luna estaba muy bella cuando salimos de Veracruz; estaba casi en su plenitud y alumbraba el paisaje de una manera esplendorosa. A uno y otro lado de la vía férrea se podía distinguir, casi hasta en sus pormenores, la vegetación tropical y aun la especie de plantas que desfilaban rápidamente ante la vista.

Aunque un poco despreocupado respecto á la posibilidad de contraer la enfermedad reinante, porque sospecho que la fiebre amarilla gusta más de irse á las manos con organizaciones nuevas y lucidas, y la mía yá es cascada y ruinosa, no pude prescindir de cierto sobresalto de temor, al contemplar á derecha é izquierda, en las prolongadas partes bajas del territorio que recorrimos, la infinidad de pozos y pantanos, formados por el agua de las lluvias, focos mortíferos de carácter amenazante. Lo último que vi en aquella noche así alumbrada, fue el puente de Soledad, por el cual pasó el tren como una visión de pesadilla. Digo que fue lo último que vi, porque poco

después el cielo se nubló, mis ojos fatigados se cerraron y me quedé dormido.

Al despertar, comenzaba el día y estábamos cerca de la ciudad de Córdoba. Entre Guaduas y Villeta hay un pedazo de terreno que se llama "Las Tibayes"; cerca de Amagá hay otro en que está la ferrería, y á uno de esos dos me creí transportado cuando abrí los ojos y miré el campo. El terreno, desde la Costa, va levantándose por escala graduada: al piso bajo y ardiente de Veracruz sigue el un poco menos caluroso, y por tanto más elevado de Córdoba; al de Córdoba hace continuación el encantador y rico valle de Orizaba; á éste el pintoresco de Matlata, y por fin se da con el alto asiento de la meseta mexicana. La temperatura va también refrescando en razón directa de la elevación sobre el mar.

En Córdoba las plantaciones ordinarias son: plátano, caña, maíz, café, yucas y algunos árboles frutales indígenas. El bosque natural tiene la mayor parte de los árboles, arbustos y hierbas que tienen nuestros bosques colombianos: el ceibo, el guarumo, variados laureles, el guamo, tibáudeas numerosas, rubiáceas infinitas, ricas y vistosas orquídeas y un sinnúmero de la gran familia de las synantherias son las más comunes. Vi también, al paso, numerosas avecillas, como las que alegran nuestras montañas, y dábame no poco gusto el contemplar su vuelo por encima de las copas de los ciruelos, los guayabos, los mangos, los totumos y los caimitos. Gustábame también oír los cantares de los toches, turpiales, azulejos, *gullungos*, jilguerillos, copetones y tordos. A no ser porque era de otra manera, me habría creído transportado á Villeta, Guaduas, la Mesa ó Envigado. Se extrañará talvez este espíritu de comparación que yo pongo entre las cosas de mi patria y las del extranjero, cuando les encuentro analogía; pero eso depende de que yo tengo para mi gasto una religión pequeña que llamo la religión de mis recuerdos y á la cual rindo culto cada vez que la ocasión me lo permite.

El terreno en las cercanías de Córdoba me pareció de una opulenta feracidad. Aunque la marcha era rapidísima, pude distinguir en los catacortes del camino fajas azuladas y negruzcas; exquisitos cretáceos, fierro oolítico, y en los bosques circundantes, ese grupo de acacias, de mimosas especialmente, que con su follaje de color obscuro concentrado, unido al carácter general de la formación geológica, revelan la existencia de poderosos depósitos de carbón mineral. A pesar de la gran feracidad del

circuito, me pareció notar grande atraso en los trabajos agrícolas y por eso, en vez de huertos bien tenidos, ví eriales extensos; en vez de sementeras arregladas, matorrales silvestres y más bien que manifestaciones de laboriosidad industrial, me pareció distinguir señales evidentes de una perezosa incuria. Que tal cosa suceda en gran parte por los lados de Veracruz, bien puede comprenderse por lo contrario de las condiciones ambientales; mas en Córdoba, el motivo debería buscarse en otra parte, talvez en las revoluciones constantes que han agitado y agitan el país.

Yá me parece oír decir á un lector: este viajero es bien curioso; escribe sus vulgaridades acerca de lo que ve y tiene la audacia de dedicar su escrito á una dama. A las damas no se les habla el lenguaje árido de las ciencias; la agricultura, la geología, el comercio y todas esas honduras y abstracciones son buenas para entre hombres y, aun en centros académicos; pero á las mujeres se les habla de poesía, de danza, de música, de canto, de romances, de modas y de amor. Si alguien hiciere esa observación, sin quitarle la exactitud que tenga en la generalidad de los casos, digo que aplicada á Ud., querida amiga, es inaceptable, porque á su razón cultivada con tanto esmero, bien se alcanza todo lo que yo diga y se alcanzaría todo lo que diera otro que ignorara menos que yo. Ahora continuemos y tenga paciencia.

Córdoba, Orizaba, Matlata, México, ciudades y lugares interpuestos, forman como una cadena de valles, más ó menos extensos, en graduación sistemática. Esa cadena está interrumpida por ancones y gargantas, cañadas y desfiladeros de más ó menos consideración. Parece que la hoya de cada uno de esos valles haya servido en tiempos remotos para el depósito de antiguos lagos desecados yá, y de los cuales no queda sino el de Tescoco, en la altiplanicie de la capital. Esas aguas, estancadas en cierta época, hubieron de abrirse paso á través de los estrechos que hoy existen, y en mi sentir esta teoría no parece fuera de razón, al ver las marcas paralelas producidas por el oleaje y esculpidas en los flancos de las montañas circunvecinas. En todo caso, el territorio da muestras evidentes de haber sido sacudido y mortificado por más de un cataclismo poderoso.

Entre Córdoba y Orizaba, el ferrocarril pasa por puntos de una dificultad tan grande, que al examinarlos, yá va el viajero admirando esta obra de la fuerza y del ingenio de los hombres en toda su grandeza. En ese pe-

dazo del país se tiene yá sobre la cabeza el pico nevado de Orizaba, y se tiene con toda la magnificencia de su belleza. No es muy extraño, sin embargo, que á esa distancia se domine con la vista el gran nevado, puesto que desde el mar, á una cincuentena de millas, y en un día claro, puede disfrutarse el mismo placer. Es verdad que ese gran cono argentino no tiene las gigantescas proporciones de los nuestros; está muy lejos de poder sufrir comparación con el Ruiz, el Huila, el Chiles, el Cumbal, el Cayamburo, el Guarimurco, el Antisana, el Illiniza, el Cotopaxi, el Altar, el Tunguragua, el Chimborazo y otros de la América ecuatorial; mas eso no le quita su esplendor genérico.

Estoy también por pensar que en México, sobre todo en su parte central, no hubo en los tiempos prehistóricos sino un gran volcán, cuya base ó asentadero se hallaba en las llanuras mencionadas, y del cual el Orizaba, el Popocatepetl, el Ixtlihuala, la Malinche y otras prominencias vecinas no son sino restos ó astillas dejadas por antiguas y espantosas erupciones; pero ahora sí veo y palpo que sin quererlo y sin sentirlo, me voy entrando en honduras ajenas del propósito simple de decir algo sobre mi veloz itinerario.

Se pasa de Córdoba al valle de Orizaba, por una especie de collar de montañas colosales y por sitios tan fracturados y espantosos, que hacen enderezar el cabello sobre el cráneo. Desde Orizaba, más especialmente, la vía férrea serpea en diversas direcciones y prolonga el trayecto de un modo casi interminable. Así ha debido ser, porque es el único medio de ir ganando el nivel y poder alcanzar la elevación indispensable para ascender al dorso de aquel ramal mexicano de la Cordillera de los Andes. El tren no penetra en la misma ciudad de Orizaba, pero la detención se hace á corta distancia, y tanto los campos como los edificios, quedan á la vista y de modo que los alrededores revelan todos sus encantos. ¡Verdaderamente, amiga mía, todo aquéllo es lindísimo! Aquella tierra es templada como ésta en que estamos, y como ésta, aromatizada por los azahares y los jazmines, sombreada por mangales, laureles y naranjeros; refrescada por un abanico de nieve, entre cuyos pliegues parece ocultarse; dispuesta de manera que causa una tan alta impresión de agrado y bienestar cuando se la ve y se la contempla, que en aquel momento la existencia se siente buena, grato el aire que se respira, hermoso el cielo que

la cubre, grande la creación que la rodea é inmenso y poderoso el Dios que la ha fabricado.

Otra falta: vengo cayendo en la poesía; mas para destruir el efecto de mi ligero entusiasmo, agregó que en Orizaba encontré un francés, amigo mío, que en tiempos pasados visitó á Antioquia. Dicho señor estuvo en la ciudad de que voy hablando, durante algunos días, y al vernos me dijo: "No hay cosa más parecida á su tierra que Orizaba; la misma belleza de paisaje y la misma tristeza en la vida social; la misma blandura de clima y el mismo aire sombrío en los habitantes; la misma alegría en la naturaleza y la misma melancolía en el hombre: ¡qué lastima!"

Entre Orizaba y Matlata hay otro ó otros dos abismos por encima de los cuales pasa el tren. Entiendo que los llaman *El Infierno* y *El Infiernito*, y me parece que los nombres son bien puestos, porque son como Termópilas, y Termópilas superiores á las ponderadas de Grecia, y tan superiores en mi concepto, que yo pienso que si Leonidas hubiera dispuesto de ellas, con menos gente hubiera defendido á Esparta.

En Orizaba, la propiedad territorial forma como un tablero de ajedrez; en Matlata como un tablero de damas, por ser los cuadros más pequeños. La última de estas dos poblaciones parece ser un poco más laboriosa que la primera. En sus huertos hay verdes y frondosos árboles frutales, y á la estación llegan pobres y humildes indios con cestos llenos de duraznos, peras, higos, cerezas y albaricoques que venden con las mismas maneras y modos con que los indios de Fómeneque, Ubaque y Chochí venden sus chirimoyas y granadillas por las calles de Bogotá.

No quiero pasar de aquí sin hacer una observación lingüística, y es la siguiente: á pesar de los casi infinitos idiomas que había en América, todos los indígenas que yo haya conocido, por más diferentes de nacionalidad que sean, hablan el español con el mismo acento. Los de Colombia, los del Ecuador y los del Perú, son exactamente semejantes á los de México.

En Matlata el clima es templado, y por tanto la flora que hemos venido contemplando, cambia, reduce sus especies á poco número y aun llega casi á uniformarse. La pasmosa variedad de hierbas, plantas y árboles de las comarcas recorridas ya, es reemplazada en las faldas de la cordillera por grandes y pintorescos pinares, y de cuando en cuando por algunos mirtos y arrayanes, lo que de-

muestra que la región del frío intenso no está distante. Así es en realidad, porque, desde las cercanías de Matlata, el nevado se divisa como si estuviera á tiro de pistola; eso sí, para verlo es preciso encorvar y levantar el cuello hasta donde las vértebras lo permitan. En ese punto es donde el camino escala definitivamente la cúspide de la montaña para llegar á lo que denominan "La Boca del Monte." Desde abajo, dicen, señalando el abra: "por allá tendremos qué pasar." El cálculo de distancias, dimensiones y niveles se resiste á comprender que así sea, pero así es efectivamente.

A diferentes distancias y serpeando por las laderas, pude ver, desde el tren del ferrocarril los antiguos caminos de herradura, tenidos por los españoles y los colonos, y en ellos, andando en diversas direcciones, numerosas recuas al estilo de las de Colombia y quizás de todo el resto de la América española, sin más que algunas variaciones en los aperos, útiles y modos de que se sirven los conductores.

El tren en que se asciende es un poco distinto, en la construcción de las ruedas, del en que se baja, y así debe ser, porque hay puntos en que es preciso aprovechar toda la inclinación permitida de nivel para poder vencer las dificultades. La locomotora y los wagones que arrastra están precisados á hacer mil rodeos para poder llegar á la cumbre. No se puede decir que se ande con mucha lentitud; si no es á gran velocidad, se avanza, por lo menos, satisfactoriamente. A veces marcha el tren como recostado en la pared vertical de la montaña; en ocasiones se lanza como si fuera un enorme lagarto andando por un muro y se arroja encima de un puente aéreo que liga dos flancos de las cordilleras, quedando como suspendido en el espacio. De cuando en cuando se mete y oculta en uno de los numerosos túneles que hay en esa parte, para aparecer luego haciendo como cabriolas en la curva reducida que lo espera del lado opuesto. En esas diversas vueltas parece jugar con el paisaje de Matlata, que se domina hacia la parte inferior, porque en un momento se le ve de frente y al pie; en el instante que sigue, hace un sesgo y deja sólo el perfil del caserío; luego lo oculta del todo y un segundo después lo descubre de nuevo.

En todas esas gambetas de ferrocarril, hechas como si fuera en el vacío, hay momentos de una emoción indescriptible. Si un convoy de esos descarrilara en una de aquellas cornisas ó cayera de uno de aquellos puentes, se

abismaría en más de quinientos metros de profundidad. No es mi ánimo pintorrear mucho, pero no puedo prescindir de decir simple y buenamente, que ese pasaje desvanece, da vahído, vértigo, carne de gallina, amagos de gota coral, casi epilepsia. Si es verdad, como dicen y como me inclino á creerlo en ocasiones, que en lo espantable hay cierto gusto, puedo asegurar que tuve un espantoso placer, el placer de lo horrendo. No sé bien á que me supo ese vaivén atmosférico, ese momento de intimidad con las nubes, ese columpio en el cielo; mas es verdad que no me pesa haberlo visto y sentido. Se puede y se debe hacer este viaje, sólo por contemplar y admirar esta vía férrea. Creo que no haya, por lo menos en esta nuestra América, nada más atrevido ni más osado que el plan y la ejecución de ella. En su comparación la que hoy intenta fabricar Antioquia, de la orilla del Magdalena á la capital del Estado, es empresa que debe considerase apenas digna de aprendices de ingeniería.

Una vez en la altura, el aire azota la frente y la vivifica. Esa "Boca del Monte" es como muchas bocas de monte que los americanos del Sur conocemos hasta la familiaridad. Si me hubieran conducido vendado hasta ese punto, estoy seguro de que al abrir los ojos habría exclamado: "*Allons donc*,"! estoy en el Aserradero, junto á la Meseta de los muiscas; el mismo frío tónico y reconfortante, la misma flora, la misma grama, el mismo horizonte.

La Boca del monte queda como en la mitad de la distancia que hay de Veracruz á México; pero una vez en la altura el tren cambia y el paso se aligera. A la derecha y á la izquierda hay espaciosas plantaciones de maíz y junto á las casitas de los indios los sembrados clásicos de arvejas, frísoles, habas, lino y papas; los cardos florecidos y los ababoles silvestres matizan la llanura en diferentes puntos, dándole una suave semejanza con los tapices persas; los blancos pétalos de esas plantas alternados con los diversos copos de *cactus* arborescentes, matizan graciosamente la planicie.

Las montañas esparcidas en la extensa superficie de la comarca, afectan de preferencia la forma cónica de regularidad casi geométrica; un poco más distantes de estas masas aisladas, las cordilleras principales, de un azul turquí purísimo, se dibujan por medio de curvas de una suavidad admirable, y entre ellas, el Orizaba, encumbrado en el espacio y como desprendido de sus ataduras terrenales, se destaca solitario en medio de ese cielo de ópalo y de

esmeralda que parece ser el fondo artístico de la República mexicana. El Popocatepetl, el Ixtlihuala y la Malinche, formando como un cortejo de reina á Puebla de los Angeles, quedan en este punto al frente del viajero. Como naturaleza, este país mexicano es un territorio que sale del círculo abarcado por la inteligencia humana. La pluma no puede ni debe pretender describirlo por riesgo de quedar burlada.

No quiero detenerme en expresar las variadas impresiones que afectan el ánimo del viajero, desde la Boca del monte hasta México, porque eso sería más largo de lo que cumple á mi deseo. La llanura, valle ó meseta, pues para unos es una cosa y para otros otra, es de una gran longitud. Los paisajes saltan en el horizonte, como si fueran movidos por arte de encantamiento; los mamelones, los setos, los montecillos, las colinas y las cordilleras se multiplican en todas direcciones; el suelo es un poco desnudo, los manantiales y los torrentes escasos, la tierra muestra alguna aridez y sequedad, pero en cambio, se nota que esa misma tierra, dócil y obediente al menor esfuerzo de cultivo, se viste de frescor y de verdura. Por estos lados, como en la mayor parte de la América española, los brazos están escasos y la ciencia falta de un modo casi absoluto. Pensar en el porvenir de riqueza y abundancia que esperan á este privilegiado territorio, sería perderse en un mar de reflexiones y de cálculos de resultado increíble hoy. ¿Qué pueblos serán esos? No lo sé, pero estoy cierto de que los americanos del Norte sí lo saben.

En la actualidad, el cultivo de los campos mexicanos se hace en una muy reducida escala. La riqueza principal del país consiste en la extensa explotación de sus fecundos veneros metalíferos, en cuya industria hay notables adelantos. En cuanto á Agricultura, el trigo, la cebada, las papas, el maíz y algunos árboles frutales, con huertos de suculentas hortalizas, hacen la parte fuerte de la producción en las alturas. En algunos otros puntos, la República cultiva algún cacao, café, caña de azúcar, algodón, vainilla, &c. &c. En la altiplanicie, la mayor parte del esmero y de la actividad indígenas se gastan en el cuidadoso beneficio del maguey, para extraer el pulque, que hoy, como en tiempo de la conquista, es la querida bebida nacional, el vino deleitoso de los indios y aun de algunos blancos.

El agave ó maguey de que los mexicanos sacan el pulque, es una planta casi igual por todos sus caracteres

á la que en Colombia llamamos cabuya motua. Esa planta de naturaleza eminentemente sedienta, absorbe con maravillosa rapidez los jugos de la tierra y los elementos de la atmósfera, y engorda con extrema facilidad. Su educación y laboreo parecen sencillos. Hay extensas plantaciones en toda la meseta, plantaciones tan crecidas, que en una misma heredad la vista no alcanza á dominar todos los sujetos que por lo prolongado de su conjunto hacen horizonte, como se dice vulgarmente. Sembrados los renuevos, su crecimiento parece ir por sí solo y de un modo espontáneo. Se nota, sin embargo, que al colocarlos en tierra, los agricultores tienen bastante esmero y cuidado, porque las matas, de diez y seis á veinte pasos una de otra, forman calles de una regularidad tal, que no se puede concebir la operación sin hacer intervenir el cordel. El aspecto de esas plantaciones es muy agradable á la vista y agrega no poco al lado pintoresco de la comarca.

Cuando el maguey está en sazón, cortan el tallo central en donde queda una excavación en forma de cápsula, y á esa excavación afluye el líquido que circula por las hojas del rededor, llamadas pencas. Depositado allí ese líquido, lo extraen chupándolo con un tubo para ponerlo luego en el envase, que no es otra cosa, en definitiva, que un zurrón de piel, como los que emplean los calentanos de Cundinamarca para conservar y conducir la miel de cañas.

El tradicional pulque mexicano no me parece ser otra cosa que la savia de la planta hecha vino por efecto de una ligera fermentación. Esa fermentación vinosa se hace con rapidez y pasa pronto á la fermentación acetosa ó de vinagre, por lo cual es preciso beberlo pronto para que no pase de punto. En cuanto á esta última condición, parece que no hay peligro de que la substancia se pierda, puesto que las libaciones son continuas y generales. Entiendo que este vino hace su oficio, como todos sus hermanos, y que con frecuencia produce borracheras de punto redondo. Vi más de un ciudadano tambalearse por las calles, como un trompo en su agonía de rotación.

El aspecto del pulque es el de un líquido blanquizco, ligeramente turbio; su olor nauseoso y de resina, y su sabor poco grato al paladar. Puede, no obstante, ser que la falta de hábito le dé esas cualidades, que el uso constante haga desaparecer, tornándolas deliciosas y nectarinas. Paréceme que el pulque hace en México el mis-

mo oficio que desempeña la chicha en Cundinamarca, y que la embriaguez que causa es igualmente pesada y soñolienta. Tiene también la propiedad de imprimir á ciertas localidades de la capital, ese olor acre y fastidioso, que pudiéramos llamar embriaguez del aire. En algunos lugares en que en vez de bebidas fermentadas se hace un consumo diario y frecuente de licores espirituosos, la atmósfera se impregna de cierto aroma característico, que dice al paso: "aquí se bebe y demás." De resto, no es extraño que este vino disguste al principio. El primer sentimiento de repugnancia producido por ciertos agentes físicos sobre el organismo por falta de hábito, y que suele convertirse luego en deleite, se observa en muchas substancias, particularmente en aquellas que usadas con exceso, llegan á constituir vicios, siquiera degradantes para el hombre. El tabaco, el brandy, la cerveza, las trufas y muchos estimulantes que depravan la sensación orgánica, están en ese caso.

En un pueblecito que está frente á Puebla de los Angeles y de cuyo nombre no me acuerdo en este momento, vi el tren del ferrocarril completamente lleno de odres con pulque. Se me dijo que esa era la ración diaria de la capital y que todos los días había que conducir una cantidad semejante. ¡Por el dios Baco, amiga mía!... Perdóneme el juramento por ser mitológico; pero habría para hacer un estanque.

Dejemos el pulque en donde está y sigamos nuestro camino.

+ Habría motivo para entrar en cuadros más ó menos animados á propósito del sorprendente escenario que se presenta al viajero, cuando se aproxima á la capital. En este sitio, el panorama asume condiciones de singular belleza. Los puntos de vista cambian con asombrosa rapidez y siempre más y mejor. Las cordilleras andinas muy elevadas y lejanas, toman ese tipo celeste que tan seductor es á la vista; los fuertes y contrafuertes diseñan en sus cumbres líneas de suavísima regularidad, y suavísima es también la figura cónica de montecillos aislados que se distinguen por toda la llanura. Todo aquello en un día sereno y claro, iluminado por el sol, ofrece admirables juegos de óptica. Las faldas de los montes mandan reflejos de amarillo de trigo, que vienen á confundirse en la planicie con el verde concentrado de los parques y los huertos; el lago de Tezcoco refracta los pinceles luminosos y los riega por la atmósfera, como estre-

llas pulverizadas; las dehesas del contorno ostentan el lujo de sus ganados; las casas de recreo muestran sus blancas fachadas, sus torres y azoteas, como creaciones orientales, y el cielo todo de aquel país es diáfano y limpio, como la gasa ligera con que velan su rostro las vírgenes de los poetas.

Era ya bien caída la tarde, cuando pasámos por la Villa de Nuestra Señora de Guadalupe, bien cercana al término de nuestro viaje.

Yá pasé por el desembocadero y estoy en el "Hotel Iturbide," que me trae al pensamiento la memoria del primer Emperador de México, después de la Conquista.

Iba á dar fin; pero se me viene á la cabeza que sería bueno concluir con un cuadrito que le hiciera ver, aunque imperfectamente, desde su delicioso gabinete de costura, la fisonomía particular de la ciudad de México. El asunto es grave, pero ensayemos un poco.

La ciudad es una gran ciudad, pero un poco en decadencia. Los edificios son muy buenos y de su conjunto se colige la idea de su anterior opulencia. Casi todas las casas son con azotea, algunas de tres pisos y la mayor parte de dos. Los zaguanes son muy anchos, las fachadas elegantes, los balconajes variados y el tono general severo y grave. La mugre no escasea, pues es sabida cosa que en la América española, nuestros progenitores, más que moradas decentes para el hombre, fabricaron espaciosos establos. Esta verdad, que tiene raras excepciones, es sobre todo de bulto en los países fríos.

La temperatura de México, en el mes de Junio, es poco más ó menos como la de Rionegro de Antioquia; el agua es deliciosa, el aire puro, la alimentación agradable, las frutas exquisitas y el pan el más rico del mundo.

Los mexicanos son muy amables en el trato común de la vida; el populacho habla un poco á la manera de la plebe bogotana; las mujeres cantan un poquito al hablar; los mozalbetes son amanerados; los hombres como los *raizales* santafereños; las beatas como todas las de la cristiandad; los indios como los muisca; los negros como los de nosotros. Los *orejones* usan sillas con cabezas enormes y grandes sombreros de fieltro, con un grueso cordón en vez de cinta; algunos caballeros, en vez de capa, llevan abrigados el cuello y el pecho con grandes *pañolones* de lana como los llevan las mujeres, y en fin, en todo ese conjunto hay una variedad pasmosa y á veces contradic-

toria de trajes, muebles y figurines. La moda elegante está bien representada por la clase rica, y luego van apareciendo por las calles, las plazas y los templos, la capa larga española, la esclavina antediluviana, chupas y chaquetones de todo corte, sombreros incalificables, paraguas de trapo blanco, zuecos de madera, sayas de sarga, sombreritos de castor, castañas descomunales, *polizones* increíbles, el moño colonial, la trenza al viento, el cabello flotante, el raso y la seda en profusión, la humilde zaraza, la manta indígena, el *chircate* de nuestras madres aborígenes, el *chumbe* de ahora tiempos, y mezclado con todo eso, carrozas imperiales, coches de lujo, carros desbaratados, *dandys* apuestos, capas rotas, ponchos rayados, sucios mendigos, harapos sin cuento, clérigos fumando, sombreros de teja, tricornos, charreteras, presillas militares, botines de soche amarillo, botas charoladas, alpagatas de hilo, corbatas de pañuelo, colorines..... y, que sé yo que más?

Medellín, 21 de Febrero de 1876.

MANUEL URIBE ANGEL.